

CULTURA



LETRAS / NOVELA

El escritor Álvaro Pombo comparte con los lectores de EL MUNDO Cantabria las primeras páginas de su última novela, publicada en noviembre por Anagrama

La previa muerte del lugarteniente Aloof

La lluvia era todo lo que había. Y también los de abajo, que no eran del todo. Esta frase del lugarteniente, anotada en su diario el domingo siete de diciembre, contenía, bajo su simple forma enunciativa, un doble deseo de que las cosas fueran como ahí se enuncian, y no más bien como realmente son. Había y hay muchas cosas además de la lluvia en este mundo. Y los de abajo eran, y aún son, existentes del todo, valgan mucho o poco. Pero en la medida en que el lugarteniente creía en la verdad de su enunciado, éste funcionaba como una causa eficiente subjetiva que acercaba peligrosamente la vida del lugarteniente al autoengaño.

Repleto de frases así, todo su diario. Frases dotadas de una cier-

«Ahí está la gracia de la frase, que inunda el pasado de imprecisión, de emoción y de lluvia»

«Toda la lluvia ha vuelto, palabra por palabra. Toda la lluvia ha vuelto y atardece»

«Nada hay que yo, en persona, pueda decir de mí que resulte significativo»

ta energía poética, a causa, quizá, de su universalidad. Si se hubiera limitado a anotar que el siete de diciembre había tenido la impresión de que lluvia era todo lo que había, porque, en efecto, ese domingo llovió mucho, su frase –aun siendo, sin duda, exagerada– no hubiera despertado mis sospechas. Los problemas comenzaban con la construcción en pasado de ese hecho, sin dotarlo de una referencia cronológica precisa.

Según esa primera frase, todo el pasado es lluvia. Y el lugarteniente parece decirnos que se halla en condiciones de afirmar, tras haber tenido en cuenta todo el pasado entero, que ese pasado es todo lluvia. Ahí está la gracia de la frase, que inunda la totalidad del pasado de imprecisión, de emoción y de lluvia. Pero la segunda frase, que, a su vez, arrastra el poderío de la

primera mediante una conjunción y un adverbio de modo –el y también–, selecciona brevisimamente a los de abajo para de inmediato negarles la existencia en parte, convirtiéndolos así en entes de ficción –aunque nunca lo fueron–.

¿Se daba el lugarteniente cuenta de la gravedad de este acto? ¿Advertía la peligrosidad de anotar en su diario todas estas frases –un texto, por cierto, que ocupaba dos cuadernos de cien hojas cada uno–? ¿Se daba cuenta de lo que para sí mismo, para su propia vida –aparte la de los demás–, significaba esta irrealización sistemática?

Toda la lluvia ha vuelto, palabra por palabra. Toda la lluvia ha vuelto y atardece. Y no me atrevo a bajar ni sé cambiar de idea. Estoy aquí sentado, calofrío de la estufa de leños, que calienta la mitad derecha de mi cuerpo y deja mi flanco izquierdo congelado, desprovisto, como en la retirada de un combate inútil contra enemigos rastros que no vemos.

Entre mi destacamento, muy diezmado, y el tortuoso monte en cuyas cuevas teníamos intención de guarecernos, se alzaba entrecrocante un maizal anónimo y reseco que sólo podríamos atravesar zigzagueando de uno en uno, yo el último de todos –los últimos tiroteos procedían del lado del maizal donde aún nos hallábamos, embarrados y creo que acobardados la mayoría de nosotros, incluido yo mismo–.

Le hice señas al sargento para que, pegado a tierra, reptara hasta encontrarme para darle instrucciones. Tenía que decirle a la tropa, uno por uno, que atravesaran de uno en uno el maizal zigzagueando y más despacio que deprisa y más deslizándose que andando. Y que, una vez fuera, fueran acercándose a las estribaciones del monte lo mejor que pudieran, con el menor ruido, y, una vez a cubierto, quedaran tumbados como muertos, no fueran a verles si se alzaban y darles muerte de verdad.

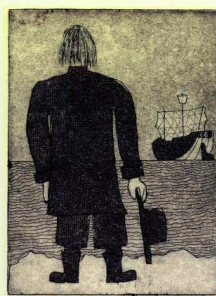
Tiene todo el aspecto de no ser un relato de aventuras. El concepto mismo de lugartenencia da que sospechar. Parece haber sido adoptado por su vago aire metafísico, pseudoheideggeriano, como si se deseara indicar que esta persona, este teniente de infantería (ése sería su grado en el escalafón: inmediato superior del alférez y, a la vez, sujeto a las órdenes de un capitán), tuviera un lugar en el espacio/tiempo del mundo, y que el tenerlo le convirtiera en un existente singular, aquí y ahora. Una singularidad, co-



EL MUNDO

Características de la publicación

ÁLVARO POMBO
La previa muerte del lugarteniente Aloof



EL MUNDO

- > Título: 'La previa muerte del lugarteniente Aloof'.
- > Autor: Álvaro Pombo.
- > Colección: Narrativas Hispánicas.
- > Editorial: Anagrama.
- > Páginas: 184.
- > Precio: 16 euros.
- > ISBN: 9788433972026.

mo se sabe, pendiente de su propia finitud, una individualidad minúscula y en trance siempre de no-ser, pero que mientras es, mientras dura, posee de modo eminente la cualidad indefinible de ser un ser y no más bien nada.

Dicho esto, el fragmento citado más arriba consta de dos partes claramente diferenciadas: una primera parte (desde «Toda la lluvia ha vuelto...» hasta «enemigos rastros que no vemos») y otra segunda parte, en la cual el lugarte-

niente parece ser efectivamente un teniente al mando de un destacamento en una situación bélica comprometida. El hecho de que entre esa primera parte –que parece una prolongación del tono poético de la primera frase del diario, correspondiente al nueve de diciembre– se establezca solamente un punto y seguido indica que, en la conciencia del lugarteniente, lo aventurero (remoto) y lo poético (próximo a su corazón, pero a la vez asimismo remoto y absoluto porque pertenece al pasado) van a funcionar indisolublemente unidos a lo largo de todo este diario.

Di con este diario por casualidad, en un lote de libros que adquirí recientemente en una librería de viejo. Venían a ser unos veinte volúmenes en un pobre estado de conservación, con unos cuantos bien encuadernados. Y pensé que me compensaría comprar el lote entero para desechar luego lo insignificante. Al llegar a casa descubrí estos dos cuadernos manuscritos. El título de ambos cuadernos, indicado en la primera página de ambos, es, en efecto, *La previa muerte del lugarteniente Aloof*.

La palabra inglesa «Aloof» va entrecomillada en el manuscrito y da la impresión de ser un mote con el que se designó en su día al lugarteniente, o que él mismo eligió para designarse al componer su diario, que vienen a ser unas memorias. «Aloof» es un adverbio y un predicado adverbial que significa *away, apart* (literal y figuradamente), como en las expresiones: *stand, keep, hold... aloof*. Y tiene un giro náutico, que es *away to windward*. Y hay por supuesto el adjetivo sustantivado *aloofness*, cualidad de mantenerse aparte de una persona o una cosa.

El lugarteniente Aloof no se designa a sí mismo de ninguna manera: no nos da, que se me alcance a ver de momento, en ninguno de sus dos cuadernos, un nombre propio o un apellido. Es de suponer que es un español, un viajero, un aventurero que, en algún momento de su vida, desempeñó un cargo de oficial en un ejército de momento también innominado. En estos comentarios yo le designaré siempre como el lugarteniente o el teniente, porque parece ser que esa cualidad (pseudometafísica) y ese rango militar fueron dos cualidades que, intercaladas, tuvieron gran importancia para este hombre un tanto irreal.

Me impresiona su clara caligrafía, la firmeza de su caligrafía, pero no soy perito en esto y no creo que del análisis grafológico emerge nada que no haya de surgir del simple relato de una vida. Contagiado de este impreciso y sobresaltado Yo del lugarteniente, considero ahora que yo mismo debo decir acerca de mí mismo alguna cosa: soy un profesor universitario, jubilado, que di clases y escribí algunos libros y un centenar de artículos de narratología. Mi vida carece en cierto modo de exterior. Nada hay que yo, en persona, pueda decir de mí que resulte significativo (salvo que, a lo largo de estas páginas, la copiosa significatividad de la vida del lugarteniente impregna la mía y me vuelvo yo significativo e interesante a mi vez).



El poeta y novelista Álvaro Pombo durante una de sus últimas visitas a Santander. / BRUNO MORENO

ÁLVARO POMBO **Escritor**

‘La previa muerte del lugarteniente Aloof’ es un «libro triste». La soledad, la frustración y la esencia de la aventura vertebran una novela donde el autor de ‘La fortuna de Matilda Turpin’ y ‘Virginia o el interior del mundo’ abandona Santander y los personajes femeninos para seguir al joven ‘Aloof’ y su narratólogo

«Los límites entre realidad y ficción son muy variables, no sólo para el escritor»

IRENE SAINZ / Santander

Un narratólogo jubilado encuentra un manuscrito, *La previa muerte del lugarteniente Aloof*, donde un joven narra sus andanzas en tiempos de guerra. Ése es, a *grosso modo*, el argumento de la última novela del cántabro Álvaro Pombo. Una historia de aventuras con dos protagonistas, uno que no busca la realidad y otro que no la encuentra, donde el autor de *El héroe de las mansardas de Mansard* reflexiona sobre distancias, soledades e identidades.

PREGUNTA.— Cuando uno termina su último libro le invade sobre todo la sensación de soledad, la del narratólogo, la del lugarteniente, la de la mujer del coronel y la del lector que termina una novela, todas juntas, ¿es un asunto que le ha preocupado siempre o tiene especial importancia en este caso?

RESPUESTA.— Este es un libro triste. Y, en efecto, la soledad es el precio de la independencia personal en muchos libros míos. La soledad es, además, autarquía y está, como tema, presente desde muy temprano (1973) en mi obra publicada. He aquí unas líneas de *Protocolos*: «Estaba tan solo que veía doble / y lo dijo la Señora en la Plazuela: De soledad que es de sálvese quien pueda / no te salves».

P.— La amistad, el amor e incluso las aspiraciones intelectuales (de Saavedra) parecen truncados, ¿cree que el ser humano está condenado a la frustración?

R.— En ese relato, el sargento Santos Alipio Saavedra es, sin duda, una víctima de las circunstancias tercermundistas de su situación. Pero nadie es una víctima absoluta. Todos somos responsables de nuestros fracasos. Sartre llegó a decir que, a una cierta edad, somos responsables incluso de la cara que tenemos. El propio Sartre, por ejemplo, se consideró siempre responsable de ser bajo, gordo, feo y bizco y, también, el mayor intelectual francés de su época y quizá también de la nuestra.

P.— ¿Hasta qué punto se parecen el lugarteniente Aloof y el narratólogo?

R.— El lugarteniente Aloof, de joven, no busca la realidad, sólo busca la acción. El narratólogo, de viejo, busca la realidad en vano. La realidad, en última instancia, se nos escapa a todos. Pero, a la vez, cuando uno se introduce en la ficción absoluta, «todo tiende a volverse real; o todo se mueve en la dirección de la realidad» (Wallace Stevens).

P.— Las aventuras se viven, no se escriben, ¿es por tanto imposible escribir un libro de aventuras?

R.— No. La prueba es que se escri-

ben miles de libros de aventuras, y las escriben hombres que han corrido aventuras, como por ejemplo Joseph Conrad, que escribió de sus aventuras una vez instalado en Inglaterra. Para ciertas personas como por ejemplo yo mismo, acción y contemplación no suelen ir juntas. Por eso yo digo desde hace muchos años que uno tiene que elegir en la vida entre ser o bien Aquiles o bien Homero. Dejo a la imaginación del lec-

«Detesto la falta de asistencia a los actos importantes aún más que la impuntualidad»

tor sacar todas las conclusiones que cabe sacar de esta disyuntiva.

P.— ¿Escribir es en sí una aventura?

R.— Yo sí creo que escribir es una aventura de autoconocimiento y de autotransformación. Pero cuando yo me refiero a aventuras, no me estoy refiriendo a aventuras intelectuales, como la de un investigador de Biología o de un ensayista, sino al concepto más corriente de aventuras, correr aventuras, echarse al monte o a la jungla urbana y estar a la que

salta. El aventurero real, como contó con admirable comicidad Ortega y Gasset, tiene un poco la mentalidad del saltamontes, una ventolera le lleva a un sitio y ahí se medio instala hasta que otra ventolera le lleva a otro. El aventurero profundo no planifica sus aventuras, sencillamente se deja transportar por ellas.

P.— Lo que el lugarteniente Aloof vivió adquiere nuevos tintes cuando lo escribe, ¿existe una línea que separa la realidad de la ficción?

R.— Existe una línea clara que separa la realidad de la ficción. Esto es una declaración pragmática y pedagógica que todos debemos hacer y tener claro. Padecer una úlcera de estómago es distinto de imaginarse que uno la padece o de escribir un relato imaginario donde alguien tiene una úlcera de estómago. Dicho esto, que es obvio, hay que añadir que los límites entre la realidad y la ficción son muy variables, fluidos, se interpenetran mutuamente. Pero no sólo para un escritor que escribe ficciones, sino para una persona corriente que vive su vida diaria.

P.— En esta última novela ha abandonado Santander y ha dejado de lado a sus protagonistas femeninas, ¿volverá a ellas en el futuro?

R.— Supongo que sí. Tanto mis protagonistas como mis paisajes, el

santanderino incluido, son modos o modificaciones basales de mi mundo intencional. Así que no podría, y ni siquiera intento, librarme de ellos. Y, por otra parte, ahora estoy en otra fase, quizá la última de mi vida, en la cual estoy interesado en otras voces y en otras habitaciones. *I am on the road now*.

P.— Cuando habló de su libro en el Palacio de La Magdalena ya comentó que el ‘distanciamiento’ era una cuestión relacionada con la edad, ¿es un problema de la juventud?

R.— Yo no diría que es un problema, más bien que es natural, corresponde a la juventud el alejarse y el querer distanciarse de la casa, de la familia, de los padres, de los amigos, de las novias... Los jóvenes emprendedores tienen todos la pasión nietzscheana de las lejanías y constantemente «se seducen a sí mismos desde lejos». El célebre poema de Cernuda, *Peregrino*, todo él muy interesante, pero en especial ahora, para responder a esta pregunta, su última estrofa: «Sigue, sigue adelante y no regreses, / fiel hasta el fin del camino y tu vida, / no echas de menos un destino más fácil / tus pies sobre la tierra antes no hollada / tus ojos frente a lo antes nunca visto». Este es un poema esencialmente adolescente, juvenil, aunque Cernuda lo escribiera de mayor. Es el poema tan profundamente inspirado en André Gide, de la disponibilidad. La célebre «disponibilidad» para disfrutar de los alimentos terrestres. Los viejos, en cambio, como el propio Cernuda subraya también en ese mismo poema, nos volvemos seres de cercanías, entre otras cosas porque tenemos menos energías físicas, no estamos ya para muchos trotes, estamos para sopitas y buen vino.

P.— ¿Cree que la juventud está sobrevalorada?

R.— Lo que creo es que está sobrevalorada en nuestros días. Deberíamos siempre sobrevalorar, glorificar, todas las cosas reales y verdaderas, también la juventud, que es una etapa de la vida humana. Lo que creo que se ha hecho hoy en día por la gente más joven que yo, que andan entre los cincuenta y los sesenta, es sobrevalorar o sobreadular o sobrefacilitar una imagen convencional de la juventud en esa línea buenista y facilona del qué grande es ser joven. A mí no me parece que se le hace ningún bien a la juventud dándole la razón en chorradas como lo del botellón o el derecho insensato a usar de su cuerpo, y sí que se causan graves perjuicios como todos sabemos.

P.— Sólo el 40% de los afiliados votó en el congreso de UPyD, ¿es real la democracia con esos niveles de participación?

R.— No sé cómo responder a esta pregunta. El ideal sería que hubiese siempre una alta participación, pero para que haya funcionamiento democrático es suficiente con que haya un número formal de participantes. Sería absurdo que forzáramos a los afiliados a acudir a los congresos a punta de pistola. Debo añadir que a mí, que detesto la falta de asistencia a los actos importantes aún más que la falta de puntualidad, lo de la pistola no acaba de parecerme mal de todo. Pero comprendo que es, por decirlo dulcemente, una tanto antidemocrático.